

DEMOCRACIA Y DISTOPÍAS EN TIEMPOS DE CONSPIRACIONES

Eloy Fisher

I

Hay un tipo en Tokio a quien contratan por hacer nada. No es tan sencillo. Debe estar presente, atento y serio en situaciones no sexuales. Se anuncia a sí mismo como un individuo que “come, bebe y da retroalimentación simple pero no hace nada más”. Valida elecciones de sus acompañantes, les ofrece apoyo moral para ir a tiendas de juguetes para adultos, escucha sus opiniones sobre la vida y el amor, y si lo amerita, hasta ofrece opiniones superficiales. Ha recibido más de tres mil solicitudes desde 2018 y elogios entusiastas de sus 270 mil seguidores en Twitter.

Lejos de este amable oyente, en otra esquina del mundo, en Kazajstán, la infame tierra de Borat, un fisicoculturista el año pasado se casó con su muñeca-robot, etiquetando su cuenta de Instagram bajo #ideal_relationship. Es más, nuestro corpulento recién casado incluso se atrevió a opinar, sin alburar, que “las parejas deben hablar menos y conectar más.” Alegremente admitió a sus seguidores que sólo pensar en la noticia de su matrimonio con Margo, la esposa que no tardaría en romper, era excitante, incluso “mucho más que el sexo.”

Un cínico diría que ambas historias son excentricidades. No lo son, porque en mi esquina del mundo, el responsable de un escándalo que cambió la política fiscal internacional, escándalo que arrastró su nombre y figura de las cimas más enrarecidas de la élite global a la humillación más infame, ahora pasa su tiempo en Twitter predicando el evangelio de QAnon, la alocada teoría de conspiración que se propone desenmascarar a un poderoso aquelarre mundial de pedófilos satanistas. Y en su tiempo libre, aconseja, a quien tenga la paciencia, sobre los peligros mortales y superlativos que acechan en las inocuas vacunas contra el Covid-19.

Confieso que me intriga saber cómo Ramón Fonseca Mora, causante de los mal-llamados *Panama Papers* e instigador de ese otro escándalo cómplice, el de la brasileña Odebrecht, sobrellevó la apostasía y la traición de esa élite que aún brinda en Davos. No mucho antes, esas mismas

élites fueron sus clientes. Sin embargo, su caso es, quizás, el ejemplo más dramático de la reciente y potente seducción de usar fantasías para limar el cruel filo de una realidad insoportable, un analgésico para la lepra del escarnio público.

Es un serio problema que exista un delicado hilo entre estas tres historias. Marc Andreessen, uno de los titanes del *Gran Tech* que algunos de QAnon consideran como parte de esa macabra red, hace algún tiempo explicó que muchas de estas fantasías eran provocadas por la falta de privilegios de usuario de las mayorías ante sus respectivos entornos. Lenguaje algo rebuscado en programación para decir que tales privilegios son, a grandes rasgos, leer (o meramente usar) y escribir (ie. cambiar) el algoritmo de las aplicaciones. En esta modernidad cada vez más tardía, es cada vez más apta la metáfora que considera nuestra vida una simulación. Dan fe de esa vida que pasamos cada minuto frente a estas pantallas. En Twitter, en Instagram, en TikTok, estas pantallas son como el retrato de Dorian Grey, que ocultan lo macabro de ver el tiempo volar sin estelas. Así, ese hilo común es la democratización de las mentiras sin consecuencias, como sombras detrás de pasiones exageradas que desbordan en esas mismas plataformas numerosos grupos exiliados del sentido común: *Incels*, *neo-nazis*, *antifa*, *QAnon*, *misandristas*, *misóginos*. Exabruptos decorados entre filtros que, si son exitosos, a veces ofrecen algo de pena ajena. Lo que Guy Debord llamó la “sociedad del espectáculo”¹ es ese *schadenfreude* que hace popular al *Gran Tech* cuando nos transforma en meros espectadores, sin privilegios, de nuestros simulacros de vida. Ni siquiera controlamos nuestras opiniones, a la merced de algoritmos opacos que nos conocen mejor que nuestros familiares.

Ante tamaña desigualdad de poderes, ante semejante escasez de privilegios, multitudes de apóstatas y desadaptados crearon mundos virtuales con fantasías materiales, tan palpables como un amigo de alquiler y una amante de plástico, con las mismas pretensiones virales de conspiraciones, como aquella suscrita por la firma Mossack y Fonseca, y que ahora adquiere un tamiz redentor y milenarista en QAnon. Todo esto tiene

¹ Guy Debord, *La Société du Spectacle*, Bushet Chastel, 1967.

consecuencias para una democracia cuya torpeza social, congénita al debate franco, no es rival para nuestras ínfulas de grandeza, de sentirnos especiales por creer verdades absurdas. Todos estamos en peligro.

Arthur C. Clarke recordaba lo difícil de distinguir la magia de una tecnología lo suficientemente avanzada. Lo mismo aplica a las creencias. Si no creemos en la lógica más básica, las neurosis que provocaron las religiones de antaño ahora son indistinguibles del cientificismo que usan charlatanes y científicos para demostrar autoridad. En un mundo donde la tecnología es una palanca, también es un dogal para flotar encima de la realidad. Hicimos de la mentira un juego sutil y omnipresente, tan ubicuo como las redes sociales que esta terna de personajes utiliza para propósitos terapéuticos. Y en este mundo, tener la fuerza mental que nos merece ese *de omnibus dubitandum* preferido por Marx y que constituye el pilar del pensamiento crítico, es la verdadera apostasía.

II

Hemos puesto en duda si la democracia sobrevivirá a la debacle tecnológica. En *La República*, Sócrates advertía que la tiranía no es sino el gobierno de quien vive preso de sus fracasos más primitivos. Sin distancia del *eros*, su tiranía sobre el líder se convierte en nuestra tiranía. Tal formulación sería curiosa y sólo eso, si no fuera por lo que Joan Didion etiquetó como *dreampolitik*, el uso de la fantasía para generar expectativas políticas reales. Al invertir la máxima de Sócrates, las maravillas de la tecnología convirtieron el atavismo de un número cada vez mayor de personas en el tirano de las multitudes.

Las conspiraciones calzan con el doble discurso ideológico de líderes que se apresuran a enlazarlas en programas políticos, para acoger proyectos personalistas que venden esperanza sin producirla. Como todo lo que se vende corto en el mercado, aumenta el ciclo de la ansiedad y la burbuja de tales mentiras, con el peligro que tales mentiras son más íntimas. Ese *eros* ahora te habla al oído, te busca, te *twittea*. Su ubicuidad en las redes sociales nos convida al anonimato, donde las conversaciones adquieren la calidad de confesión y donde el ciudadano “practica estrategias de sobrevivencia narcisista como emancipación”,² como diría Christopher Lasch. Esta es una época de corrupción sin paralelo, pero tampoco sin referente ni sujeto histórico. De victorias electorales pírricas, cuya legitimidad está raspada en márgenes decimales y no en amplios acuerdos nacionales. Un supuesto intelectual como lo es Vargas Llosa se queja de un posible fraude en el Perú. Sin embargo, la queja legítima es porque las clases políticas insisten en estas pataletas que impiden una negociación

² Christopher Lasch, *The Culture of Narcissism: America Life in an Age of Diminishing Expectations*. WW Norton, 1979.



sincera y prefieren jugarse el destino de millones con la misma precisión en bips (o milésimas de puntos) que tienen las tasas de interés y de cambio. Bajo estas circunstancias, el *dreampolitik* transforma las mentiras en un espejismo supuestamente populista cuando hacemos del ejercicio democrático, otro simulacro. Por eso no debe extrañarnos que la realidad se sienta como una simulación... como una mentira.

III

Hagamos un ejercicio crítico: El mejor laboratorio para estudiar esas mentiras que flotan allende de nuestra realidad y sus fracasos colectivos son las distopías. Orwell, Atwood, Zamyatin y Huxley dibujaron mapas de nuestras ansiedades sin atribuirse la etiqueta de pesadillas, como los primeros mapas del Nuevo Mundo, también mal bautizados con el nombre de un cartógrafo medio embustero. Son lo real, pero con otros nombres.

Quizás la más corta de esta arqueología sobre las mentiras es la fantástica historia de Omelas, donde Ursula Le Guin explica cómo la falta de conciencia provoca sin fanfarria escenarios distópicos. En esa hermosa ciudad, la gente vive feliz y no tiene esclavitud, clero o soldadesca. No son necesarias. Más tarde descubrimos que la fuente de tan abundante felicidad es un niño, pequeño, descuidado, desnutrido y cubierto de llagas que pernocta en sus propias heces. Los habitantes de Omelas son cómplices de ese crimen, saben que el niño está ahí, escondido en un elegante edificio. “Todos saben que tiene que estar ahí. Algunos entienden por qué, otros no, pero todos entienden que la alegría, la belleza de su ciudad, la ternura de sus amistades, la salud de sus hijos, la sabiduría de sus eruditos, la habilidad de sus creadores, incluso la abundancia de su

cosecha y el buen clima de sus cielos, dependen enteramente de la abominable miseria de este niño.”³

Esta es la mentira fundacional e insoportable. En *La República*, es la mentira noble que esconde los cimientos de todo nuestro simulacro de felicidad. En contra de tales estrategias de decepción, Marx elucidó toda una teoría que explicó tales *epifenómenos* como falsos imaginarios colectivos, como cuentos a superar. No obstante, todavía no sabemos cómo superar estos cuentos más allá de la filosa literalidad del poder, “que aparta de su presencia a las cabras y mantiene a su lado a las ovejas”, como dice la parábola en Mateo, y que también eludió a Jesús cuando reconoció que su palabra no vino a traernos paz sino espada. Tras siglos de guerras religiosas, otra literalidad, la de la razón, desplazó a la fe, pero igual desangró a la Ilustración en un ciclo interminable de revoluciones, purgas y destierros. Y en esta posmodernidad, también desgarrará a QAnon en una literalidad caricaturesca que propone castigos apocalípticos por la existencia de niños desamparados en sótanos palaciegos, ya sean reales... o no.

IV

No es de extrañar que el gran Roberto Bolaño fuera un lector de literatura distópica y de ciencia ficción. En contraste con el pensamiento insensato de las teorías de conspiración, Bolaño reconoció el potencial del género de la ciencia ficción para descubrir un linaje intelectual oculto a la realidad, algo que hizo propio en sus libros más conocidos, como *Los Detectives Salvajes* y *2666*. En su novela, *El Espíritu de la Ciencia Ficción*, su personaje escribe dos cartas a la mismísima Ursula Le Guin. La primera es dramática: “¿Qué podremos hacer... cuando nos llegue la hora? ¿Es nuestra aplastante mayoría nuestra arma? ¿Es nuestra implacabilidad nuestra arma? ¿Qué se nos dará y que debemos tomar para resistir y vencer? ¿A quién deberemos besar para que despierte y deshaga el hechizo?”⁴

Quizás al releerla, su grandilocuencia le pareció insolente. Nunca remitió la nota. En su segunda carta, la que sí envió, describió mundanamente el paso de las horas, con la ominosa advertencia que, con cada día, “los sueños son menos pacíficos”.⁵ Quizás entendió, ya menos dopado, que tomar una posición contra los espejismos, contra esas mentiras fundacionales que se arrojan en las mayorías, no es un impulso grandilocuente ni heroico. Hay que despertarse de esa implacabilidad, de esa literalidad implícita en las teorías totalizantes y en las conspiraciones. Hay que hacer una búsqueda humilde y personal del mal:

Leí que uno de cada diez estadounidenses ha soñado alguna vez con misiles nucleares cruzando un cielo estrellado. Tal vez sean más, tal vez muchos prefieran olvidar las pesadillas de la noche anterior. En Latinoamérica, el sueño, me temo, está en relación con otros demonios... Pero la pesadilla dominante es otra que los encuestados olvidan con las primeras luces del alba o con los primeros aullidos... Todos, sin excepción, responden que por lo menos una vez en su vida han sufrido la Pesadilla Clave, pero nadie la recuerda.⁶

Todos sabemos qué es esa *Pesadilla Clave*. Es nuestra complicidad en la mentira. Es la normalización de lo distópico, la quinta columna en la construcción de ese edificio alrededor del niño inerte e indefenso. Debajo del epifenómeno, la mayoría de las actividades económicas a nivel mundial se encuentran bajo férreo control monopólico, tal como detalla Jonathan Tepper en su libro, *El Mito de la Competencia*: Telecomunicaciones, aves de corral, navegadores de Internet, semillas, leche, anteojos, bancos, ferrocarriles, sistemas operativos, seguros médicos, cerveza, funerarias, teléfonos móviles, todo bajo el control de unos pocos agentes de mercado. Este autoritarismo también campea en lo político: Abunda el oportunismo en la polarización mojigata, en la administración del conflicto y en la satanización del diálogo sincero.

Como Bolaño, debemos abstenernos de sufrir tranquilamente la pesadilla. Es hora de recordar y retomar el control de nuestros sueños, de no caer en las mismas fantasías fáciles. Recordar implica reconocer que existen mentiras por superar, pero que la literalidad del poder no es la única opción. No tenemos que pedir justicia por conducto del apocalipsis. Y eso requiere valentía porque es negarse a la tentación de una ilusión heroica. Como escribió Walt Whitman, respecto a la serenidad majestuosa de sobreponerse a los retos del futuro, que veía en el rostro de otro niño:

Un niño preguntó ¿qué es la hierba? trayéndomela con las manos llenas;
¿Cómo podría responderle al niño? No sé qué es más que él.
Supongo que debe ser la bandera de mi disposición, con una tela verde de esperanza tejida.
O supongo que es el pañuelo del Señor,
Un obsequio perfumado y un recordatorio que dejó caer deliberadamente,
Llevando de alguna manera el nombre del dueño en las esquinas,
para que podamos ver y comentar, y decir ¿De quién?

³ Ursula Le Guin, *The Ones Who Walk from Omelas*. New Dimensions Press, 1973.

⁴ Roberto Bolaño, *El Espíritu de la Ciencia-Ficción*. EpubLibre, 2016.

⁵ *Ídem*.

⁶ *Ídem*.

O supongo que la hierba es en sí misma un niño, el bebé producido por la vegetación.
O supongo que es un jeroglífico uniforme,
Y significa, brotando por igual en zonas amplias y zonas estrechas,
Creciendo entre los negros como entre los blancos,
...les doy lo mismo, los recibo a todos por igual.
Y ahora me parece el hermoso cabello sin cortar de las tumbas.⁷

De acuerdo a Mark Edmondson, estas palabras evocan “lo que significa ser un hombre o una mujer en democracia en su máxima expresión”.⁸ Un acto de crecimiento en la diferencia, que continúa incluso después de morir al legar el “hermoso cabello sin cortar de las tumbas” ante las interrogantes del futuro. Es la gloria monótona de luchar para recordar que esas mentiras, de esos sueños apocalípticos, pueden derrotarse, como reconoció Bolaño en su segunda carta a Le Guin. Es la posición personal que tomamos contra esa impaciencia grandilocuente que nos invalida el criterio, y nos invita a la pereza y a la terquedad intelectual.

En sus escritos políticos, Whitman propuso que la democracia generaba una forma de expresión genuina para respirar. “El propósito de la democracia”, razonó, “es, a través de muchas transmigraciones, y en medio de un sinfín de ridiculizaciones, argumentos y fracasos aparentes, ilustrar, a toda costa, esta doctrina o teoría que la persona, debidamente entrenada en la más sensata, más elevada libertad, puede y debe convertirse en una ley, y una serie de leyes, en sí misma, que rodean y proporcionan... el control personal para con todas sus relaciones, con los demás y con el Estado”.⁹ Democracia es superar el fracaso y convertirnos en ejemplos mundanos de acción.

Conceptos bonitos y poéticos, pero ¿cómo podemos aprehender estas ideas cuando la expresión de la democracia posmoderna es menos *Hojas de Hierba* y más TikTok? A pesar de su sensibilidad, después de la Guerra Civil Whitman vio innumerables muertes y miserias. Incansable, fue valiente cuando reconoció “nada más grandioso que sea mejor ejercicio, mejor digestión, que una prueba más positiva del pasado, del resultado triunfal de la humanidad, que una elección nacional... bien disputada”. Nada de arrullar el espíritu político con mentiras terapéuticas. Él tenía un compromiso muscular con el conflicto, con ese *de omnibus dubitandum*. No hay lugar para estar cansado o agotado después de un debate. No. El compromiso libre desarma nuestra pereza narcisista, sólo el debate rompe con la mentira.

⁷ Walt Whitman, *Leaves of Grass*. Wikisource, 1855.

⁸ Mark Edmondson, *Song of Ourselves: Walt Whitman and the Fight for Democracy*. Cambridge: Harvard University Press, 2021.

⁹ Walt Whitman, *Democratic Vistas*. University of Virginia Press, 1877.

¹⁰ Christopher Hitchens, *Cartas a un joven disidente*. Editorial Anagrama, 2006.

¹¹ *Ídem*.

Christopher Hitchens tenía un amigo en Jerusalén que ocasionalmente le decía, cuando enturbiaba la coyuntura (como suele ocurrir con cierta regularidad en esa capital de religiones), que “hay algunos signos alentadores de polarización”.¹⁰ No hay nada frívolo inherente a esta observación; una vida larga y arriesgada lo ha persuadido que sólo un conflicto abierto de ideas y principios puede producir claridad. El conflicto puede ser doloroso, pero la solución indolora no existe en ningún caso y el perseguirlo conduce al doloroso resultado de la inconsciencia y la inutilidad. Recordemos lo que dijo el amigo de Hitchens como un mantra (incluso cuando el mismo Hitchens frunciría el ceño con disgusto por la metáfora).

Democracia es luchar contra las distopías analgésicas y libre de conflictos que mercadean públicamente sus características, de luchar sin vergüenza por la competencia democrática, y contra la mentira y las instituciones perezosas que buscan normalizar nuestros impulsos grandilocuentes, de esas urgencias que eventualmente se convierten en espejismos. Se trata de vivir peligrosamente a contracorriente. Es pelear por el diálogo y los acuerdos, “ese jeroglífico uniforme que brota por igual en zonas amplias y zonas estrechas”, como describe Whitman. La democracia se conserva al poner en práctica este otro ejemplo mundano de Hitchens, que tiene asidero en nuestras pequeñas decisiones: “Es posible que te ofrezcan una razón oscura para aceptar una mentira o una verdad a medias que sirva algún propósito... Todo el mundo diseña tácticas para superar esos momentos; trata de comportarte como si no... fueran inevitables...”¹¹

En efecto, nunca lo serán. No necesitamos de mentiras para sentirnos importantes, como quien compra los servicios de un oyente o una muñeca de plástico. Debemos abstenernos de ser parte de conspiraciones inventadas para olvidar nuestra complicidad en conspiraciones reales. El punto débil de toda mentira es que es difícil recordarlas, y por eso no son inevitables. Y para eso está la lucha en democracia. ☒

Eloy Fisher (Panamá, 1981). Abogado y sociólogo panameño, egresado de la Universidad Católica Santa María La Antigua y la Universidad de Panamá. Cuenta con Maestrías y Postgrados en Administración de Empresas (USMA, 2006), Análisis de Riesgo Político, Economía y Finanzas (Universidad de Fordham, 2008) y es Doctor en Economía y en Ciencias Políticas por The New School for Social Research. Ha publicado artículos de investigación y de opinión en revistas especializadas a nivel local e internacional. Fue becario Fulbright, becario visitante en la CEPAL y becario Adam Smith en Economía Política en George Mason University. Cuenta con estudios en Matemáticas No-Lineales y Ciencias Sociales Computacionales del Instituto Santa Fe. Ganador de la cátedra Florestan Fernandes del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales en el Curso Constitucionalismo Latinoamericano en el Siglo XIX y XX. Ganador del Premio Herzog de la Facultad de Economía de la Universidad Nacional Autónoma de México y del Premio Ricardo J. Alfaro de la Defensoría del Pueblo de Panamá.